

ESPECIAL VERANO 2007

Disfrute de estos cuentos, relatos, crónicas,
insolaciones y toda clase de manifestaciones de
creatividad a pleno sol...



PUERTO DE ESCAPE

Blanco

Por Alexis Figueroa

Se encontraba sentado en un living elegante y aseado, como conservado en el resplandor impoluto del primer día de la creación. Costosas figuras traídas desde remotos lugares del mundo, se distribuían armónicamente sobre las mesitas.

Artesanías en plata, marfiles, maderas y bronces revelaban los difíciles gustos del coleccionista, que acaso se había superado a sí mismo con el elefante bebe embalsamado y sonriente, instalado sobre una tarima de oscura caoba decorada con una original taracea. Dos focos ocultos entre manchones de plantas exóticas proyectaban una luz azulada sobre el lomo enjovado del paquidermo, envolviéndolo en una nube difusa, provocando la ilusión de la vida. Mirado de pronto, parecía salir con su mole de entre la bruma perlada de un amanecer, brillando sus ojos con una chispa verdosa, casi imperceptible, escondida. Mas, el observador experto sabía: eran lentillas de vigilancia pasiva, que trasmitían una imagen total del salón a los monitores del subterráneo. Juan F. apreciaba al milímetro las virtudes de esta vigilancia; sofisticado sistema, añadía a la imagen un análisis de fluctuación retiniana en base al patrón de emoción. Era un equipo caro, sin duda, pero correspondía a la casa y su dueño: entregando los datos a un implante en su neocortex, bastaría una orden apenas pensada por el hombre de lentes de oro -tranquilo y formal, preparaba los tragos en el mueble-bar- para que se implementara un potencial de agresión.

El hombre, ahora sentado en un sillón de albo cuero le hablaba. “Hay un problema” afirmó, mientras jugueteaba discreto con el marco de oro. Pero bien, allí estaba él para resolver los problemas. Miró al elefante un momento; recién se fijaba que en realidad -aunque teñido por la luz azulada- era blanco, tan blanco como el amplio sillón. Un elefante blanco. Una expresión del idioma. Había leído una vez la historia de una ballena que se erguía en los mares como un arquetipo del mal. Un monstruoso témpano de carne sangrienta, perseguido por un capitán mutilado en cuerpo y espíritu, con la pierna izquierda reemplazada por un puntal de marfil. Marfil blanco de los elefantes, marfil marino, albo marfil. Un elefante blanco-azulado, como un tiburón. Un silencio blanco, devorador de hombres como un tiburón. Un elefante blanco: un regalo de un rey oriental para sus malos amigos, un elefante sagrado, comiendo como corresponde a una bestia gigante, intocado, condenando al poseedor del regalo a una constante vigilia, implacable, porque no se desprecia ni se maltrata el regalo de un rey.

Pero había un problema. Y lo habían llamado para resolver los problemas. “Me explico” dijo el hombre de lentes de oro: “¿qué pasa si un día descubre el poder?, así, simplemente el poder. Y de golpe ya no es más un santo varón vagabundo o un fenómeno amable de la naturaleza, y descubre de pronto el gusto del poder personal. Y se viene desastre. Imagine a futuro las turbas, la caída completa de las inversiones en el rubro salud”.

Pidió permiso para fumar. Se lo dieron y encendió un cigarrillo, venía bien echar humo entre tanta elegancia: lo habían buscado por ser un profesional. “Bonita casa” pensó, “ahora los proyectores de ambientación imitan la luz ambarina de un atardecer”. Y el elefante emerge desde una nube de polvo dorado, envuelto en sonidos de pradera africana. Pradera en calma, el lomo es ahora blanco-amarillo, con un resplandor de polvo encendido, la arena, el desierto en el aire caliente. Calma, pradera, una extensión ocre o verde café hasta donde alcanza la vista. Una caravana de elefantes-camello tomados de trompas y colas avanza en el plano y un sol de un solo tono alumbra unas chozas bajo un ojo de cielo. Recordó entonces el análisis vectorial de retina y apagó – lento, con calma y dejando que humeara para introducir incerteza en la atmósfera pura- el cigarro aplastándolo en el cenicero de mármol sobre la mesita y acomodándose en el sillón, se aprestó a escuchar.

“Es un hombre” -dice el hombre de lentes- “es un hombre que cura en exceso, diría”. “No parece perder nunca el poder y aun encarcelado repetidas veces por ejercer ilegalmente la medicina, continua en la cárcel imponiendo las manos. No se le puede impedir las visitas y pronto la cárcel parece un santuario de peregrinaje, la gente agolpándose en torno a los muros, como una legión de mendigos rondando las puertas de una catedral. Hay cientos, hay miles siguiéndolo y es como estar viendo la parte visible de un témpano pero abajo ¿qué hay?”

Abajo: una línea en la pantalla fosfórica llevando un registro instantáneo de sus emociones: ahora escuche, no pestañee: “si no pasa este examen usted morirá”. ¿De que color es el color blanco?. ¿Cual es el fin de la noche? Y la voz dice “usted, usted es el perfecto asesino”. Ahora el lomo del elefante esta rojo. Al parecer hay una pauta de modulación de la luz. Y bajo la luz rojo-sangre la piel permanece alba, blanca como el marfil de los dientes de un tigre holocénico. Las lentillas titilan verdosas en la bruma roja. “Te vemos” anuncian, y bajo un sol rojo de acero un elefante te mira desde la caravana.

El hombre habla con calma e insiste. Es un asunto de ecología social, de un alborotador milenarista que metido en política podría ganar demasiado terreno. “Entonces” piensa usted, “desprestígiele, lance toda la prensa en su contra, hable de estafas, de fraudes, menciones embarazos y cuentas bancarias”. Pero lo piensa y no dice nada. Es su trabajo aceptar los contratos, cumplirlos de la mejor forma, no sugerir soluciones, aunque sería más fácil hacerlo en la cárcel, pero en las cárceles ya tiene discípulos y se pide un asunto aún más limpio, irrastreable. Como el asesinato de Kennedy en el siglo pasado. Un auto descapotable, el disparo de un rifle desde la distancia y Jackelyn K. con las rosas rojas esparcidas sobre la falda. Rosas rojas en Dallas, como el titulo de alguna canción. El registro de variación retiniana confirma: “usted nos conviene, es el perfecto asesino”. La línea fluctúa levemente en pantalla y usted dice: “podría hacerlo desde un kilómetro y medio o más, mucho más”. “Eso es” dice el hombre de lentes sirviendo otro trago; “muere el perro, se acaba la rabia”.

Llamaría enseguida diciendo “esta hecho” y el hombre de lentes de oro sentado en el living lo vería en la pared de TV. Allí, en el suelo, caído con los brazos abiertos como un cristo de sangre sobre la vereda, el hombre-santón boca arriba con los ojos apuntando hacia el cielo. Tendrá ahora otro ojo en la frente, sin pupilas ni iris, un mandala, el vacío encerrado en un círculo rojo y adentro la

bala de gel proteínico, disolviéndose rápidamente en la hemoglobina, perdiéndose entre las venas del cuerpo sin dejar rastros entre los componentes orgánicos, comunes, vulgares. Y la gente apiñándose al rededor, alguien abalanzándose al piso, hasta el cuerpo, buscando tocarlo por última vez. Para sentir ese don de hombre santo, y pintarse un cruz en la frente con sangre, como signo o señal y pensando “no me enfermo ya más, yo tengo tu signo y soy de los santos, uno mas”.

En el ordenador sucede este crimen, en cámara lenta, mientras el programa de ajuste trabaja procesando variables: tras el disparo, miradas, cabezas que giran buscando el lugar donde -acaso- está el asesino. Pero nada se ve. Hay demasiada distancia, está bien escondido en la maraña de vigas de la torre de comunicaciones del Gran Santiago, junto a una masa metálica que imposibilita el funcionamiento de un rastreador de inducción. En su ordenador personal usted presenta una vez y otra vez el asesinato antes de ser cometido: “Le muestro” dice al hombre de lentes, “conforme el trabajo que pide, como en un teatro de títeres, esta ejecución personal”. “Lo estudio” dice al hombre de lentes de oro ahora de pie, al lado del pequeño elefante de lomo que cambia al naranja, mientras en sus ojos titila la luz: “grabemos entonces un registro de voz para la contraseña electrónica de autenticación de verdad” . “Ah, si -mira al hombre de lentes y palpa con disimulo el bolsillo de su pantalón- debo dar un nombre... Izambard, ese seré yo”.

Brillan las lentillas verdosas en los ojos del elefante, el color de los bosques en junio, empapados, despertando en la tiniebla plateada de los valles del sur. Verde: una esmeralda que llena la cuenca del ojo vibrando como un lucero nocturno. Verde, verde de paz, de tranquilidad. Ahora mira fijo a los ojos del elefante mientras dice con todo el cerebro “yo soy el perfecto asesino”. El hombre de lentes de oro acaricia la cabeza embalsamada del paquidermo bebé. “Hay trato”, dice y confirma.

Después, al salir, contempla la casa instalada entre prados verdeantes, en medio de un parque con manchones de arbustos olorosos de flores, donde retozan pudúes y loros traídos de las selvas de lluvia del sur. Camina por el sendero de grava tranquilo, mirando, y cruza la verja electrónica con la satisfacción de quien ha hecho un negocio adecuado. Ahora conoce la casa y la distribución interior. Vendrá luego el trabajo de vigilancia y un día, instalado entre los árboles del parque contiguo esperará su momento. Una ventana en el living. Un confortable sillón donde el hombre de lentes de oro ha de sentarse en las tardes. A descansar, a leer, con las cortinas abiertas, protegido por los vidrios blindados de gel acinética. Nada que un vector de neutrones guiado por pulso de masa no pueda pasar. Camina tranquilo, mientras con una mano toca el bolsillo izquierdo del pantalón. En él va una piedra de las emociones, bendecida por las manos sagradas del hombre que sabe curar.